

QUE ES Y QUE QUIERE EL PARTIDO COMUNISTA

NO HAY VANGUARDIA SIN UN PROGRAMA CLARO

La definición programática de un movimiento revolucionario es una de las bases insustituibles de su existencia y actividad. "...sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia", decía Lenin en "¿Qué hacer?" (1). Ciertamente —aunque no es cosa que deba causar demasiada extrañeza—, casi 70 años después, hoy, en nuestro país, grupos que blasonan de "izquierdismo", que incluso sacan pecho autotitulándose "vanguardia" del movimiento revolucionario uruguayo, que se atreven a negar a nuestro Partido su condición de real vanguardia, pretenden soslayar esa ABC de una concepción revolucionaria. En un documento reciente de la llamada "Intergrupacional" estudiantil se dice: "Fortalecimiento ideológico. Este punto lo entendemos no como acabada definición teórica del desarrollo de la Revolución y sus etapas, sino como bases sobre las que podamos tomar acuerdos políticos que posibiliten con un mínimo de coherencia, caracterizar cada etapa y actuar en consecuencia". (subrayados de JLM). Lo que esto expresa es una acabada definición teórica del oportunismo, que en nada merece de la célebre frase de Bernstein: "el movimiento lo es todo; el objetivo final, nada" (2). Una vez más se justifica el viejo adagio: los extremos se tocan... (3).

El marxismo — leninismo, única corriente consecuentemente revolucionaria en el movimiento obrero, por el contrario, combiene esencial la definición de las concepciones programáticas "...ha llegado el momento de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus concepciones, sus fines y sus aspiraciones; que expongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio Partido", decía Marx y Engels, ya en 1848, en la introducción al "Manifiesto del Partido Comunista" (4). Y desde sus primeros escritos (5), pasando por el combate contra los economistas y revisionistas sintiendo en "¿Qué hacer?", (6) hasta "La

entregada infantil del "izquierdismo" en el comunismo", donde afirma: "La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar al signo el primer paso hacia el triunfo" (7). Lenin no se cansa de subrayar la importancia de los aspectos programáticos, teóricos, ideológicos.

EL PROGRAMA EN LA TRAYECTORIA DEL P. C. DEL URUGUAY

El acto de la fundación del Partido, hace 50 años, en el fondo era eso, una zona de posición programática, por mucho que ella no estuviera formulada expresamente ni nitidamente. Mayor precisión, desde este punto de vista, tuvo la resolución por la cual se aceptaron las célebres "21 Condiciones" para el ingreso a la Internacional Comunista, que, en esencia, constituían un programa.

Es claro que ello era todavía, en cierto sentido, demasiado general y abstracto. Era preciso alcanzar, a la luz del marxismo — leninismo una comprensión más ajustada y rica de la realidad nacional, del carácter de la revolución, de las características concretas de las diferentes clases sociales, de los lineamientos de una táctica acertada. Fue lo que el Partido procuró hacer desde sus primeras etapas de su vida; a pesar de errores diversos, de derechos y de "izquierdas", el Partido avanza por ese camino, acumulando fragmentos de una justa concepción teórica y valiosas experiencias prácticas. (8).

En este, como en otros aspectos vitales, un punto de vital importancia el XVI Congreso (1959): desde el punto de vista estrictamente programático, la Declaración Programática aprobada por el XVII Congreso (1963), plasma, por primera vez, una concepción globalmente acertada, marxista — leninista, de los problemas fundamentales de la revolución uruguaya.

En los años siguientes, el Partido ha ido enriqueciendo y precisando, en documentos de sus Congresos y en trabajos diversos de sus dirigentes, particularmente del camarada R. Arismendi, muchas aspectos importantes de sus concepciones programáticas. Esos nuevos aportes entrañan, inclusive, ajustes significativos a algunas tesis de la Declaración de 1963. En el XX Congreso del Partido, que se celebrará en diciembre de este año, deberá, sin duda, sintetizar en un nuevo documento de carácter programático este conjunto de elementos que arrancan de las concepciones básicas que inspiraron el XVI Congreso. Debe quedar clara, sin embargo, que los principios de la Declaración de 1963 se mantienen esencialmente invariables: ellos constituyen el núcleo estable y permanente de nuestra concepción de la sociedad uruguaya y del proceso revolucionario llamado a transformarla.

EL CARACTER DE LA REVOLUCION URUGUAYA

¿Cuáles son esos principios fundamentales? Dentro de los marcos estrechos de un artículo periodístico, podríamos señalar cuatro: 1) Carácter y etapas de la revolución; 2) Fuerzas motrices de la misma; 3) Vías de su realización; 4) Lineamientos básicos de la táctica.

En lo que se refiere al primer punto la Declaración de 1963, analizando la realidad objetiva de la estructura económica — social del Uruguay, llega a la conclusión de que la contradicción fundamental es la que opone, en el plano de las cla-

ses sociales, a los grandes capitalistas y latifundistas, aliados al imperialismo yanqui, por una parte, y al pueblo uruguayo, por otra, que incluye a la clase obrera, a los pequeños y agricultores pequeños y medianos, a los intelectuales y estudiantes, asalariados públicos y privados, jubilados y pensionistas, artesanos y pequeños comerciantes, y aún sectores de la burguesía media. Consecuentemente, la revolución que, en lo inmediato, debe resolver esta contradicción fundamental, tiene por tareas principales la conquista de la liberación nacional de la opresión imperialista y la realización de

25/9/70

POPULAR

75 - 1987

una radical reforma agraria, que aniquile el latifundio. — Es lo que hemos llamado una revolución agraria antimperialista.

No obstante, las peculiaridades del desarrollo capitalista deformado de nuestro país determinan que esos objetivos básicos no puedan separarse de determinadas medidas de contenido objetivamente antimperialista. En efecto, el estrecho entrelazamiento de las capas más importantes de la burguesía, la llamada "gran burguesía", especialmente bancaria, con el capital imperialista y con el latifundio, determinan que aquella sea, al mismo título que estos últimos, enemiga de la revolución, y que ésta deba, necesariamente, proceder a la expropiación de las grandes concentraciones capitalistas. Todo ello determina, además, la incapacidad de la burguesía, en su conjunto, para actuar como fuerza motriz de la revolución y la tendencia objetiva a que la fuerza hegemónica dentro del campo revolucionario sea el proletariado.

En estas condiciones, resultará no sólo que la etapa agraria antimperialista incluirá medidas de carácter socialista, sino que creará las premisas objetivas para un tránsito muy rápido hacia una fase propiamente socialista de la revolución, en las circunstancias favorables derivadas de un poder revolucionario en que el proletariado es la fuerza principal y de una época mundial signada por ese tránsito.

A esa concepción clara del Partido, sólidamente anclada en las realidades objetivas, se enfrentan otras más o menos confusas y erróneas. De un lado, las que trasuntan una ideología nacionalista-burguesa, que rehuyen o postergan la fase socialista, rechazan lo más allá de lo estrictamente agrario y antimperialista, con cebado, en el mejor de los casos, de una manera radical, pero que, en los hechos, pretende abrir un período prolongado de desarrollo burgués-capitalista "nacional", que, concordantemente, atribuya a la burguesía "nacional" un papel predominante entre las fuerzas revolucionarias. Más allá de lo utópico de esta concepción, en las condiciones concretas de América Latina, se trata de un pensamiento de derecha que, en última instancia, embarrancaría la revolución en un pantano sin salida, como ocurrió con las revoluciones mexicanas de 1910 y bolivianas de 1952.

Desde el lado opuesto, las concepciones infantistas, que plantean el socialismo, hecho y derecho, como objetivo inmediato, saltando la etapa agraria antimperialista. Esto sería falso no sólo por no corresponder a la realidad objetiva sino también desde el punto de vista subjetivo. Desde luego, es importante percibir la extensión creciente de la simpatía hacia las ideas socialistas —que, parece obvio señalarlo, se debe precisamente a la larga prédica del Partido y a la influencia ideológica del sistema socialista—; pero sería funesto engañarse acerca de la profundidad con que la ideología burguesa está todavía anclada en las grandes masas. Al distinguir las dos etapas de la revolución —al tiempo que se señala su unidad—, no se persigue un menudo juego de maquiavelismo político tendiente a enbucar a los nada incantos representantes de la burguesía media y pequeña; es la objetividad misma de las medidas revolucionarias que, en la primera etapa, no vulneran sus intereses lo que puede determinar la actitud neutral o aun benévola de estos sectores pero, mucho más importante que eso, la posibilidad real de arrastrar a la revolución a vastos sectores de trabajadores y capas medias que objetivamente no tienen nada que temer del socialismo pero que subjetivamente no están todavía con él, que están aún bajo la influencia ideológica beligerantemente antisocialista de la burguesía.

EL PAPEL DEL PROLETARIADO Y LA ALIANZA CON LAS CAPAS MEDIAS

Lo que precede lleva implícitas algunas tomas de posición fundamentales en el tema de las fuerzas motrices de la re-



LA MUCHEDUMBRE
resaca al Partido Comu-
nista, en uno de sus
actos en el Palacio
Peñafiel

25/9/70 - POPULAR
75-1987

5/5

reducción. En primer lugar, en cuanto al papel de la burguesía "nacional". En las condiciones de América Latina —dice Arismendi—, es notoria la incapacidad de las capas burguesas llamadas nacionales, para ser fuerza de dirección revolucionaria; y agrega que, en los últimos 15 años, "se ha rebajado todavía más el papel de las capas de la burguesía media en la revolución". (8).

En esas condiciones, asimilamos plenamente, con los debidos ajustes, la teoría feminista acerca de la hegemonía del proletariado en las revoluciones democráticas de nuestro tiempo. La faculta objetivamente el importante peso de la clase obrera en nuestra sociedad, derivado no sólo de su porcentaje cuantitativo elevado sino también de su concentración relativamente importante, de su larga y profunda experiencia en la lucha de clases, etc. Ello determina la atención preponderante del Partido al trabajo en este sector, que le ha permitido conquistar posiciones de una solidez inquebrantable, pero que es preciso desarrollar dando cima a la tarea de "ganar política e ideológicamente a la mayoría de la clase obrera".

Al mismo tiempo, en la teoría y en la práctica, el Partido ha destacado la importancia de forjar las alianzas del proletariado con las capas medias. Sin que ello pueda ser excusa para nuestras persistentes debilidades en lo que se refiere al trabajo en el campo, son notorios los logros en cuanto a la incorporación al movimiento de los estudiantes, las intelectuales, etc. El proceso no tiene nada de lineal ni automático: esa incorporación —tras consigo tendencias ideológicas no proletarias y promueve de hecho, inevitablemente, el tema de quién —qué clase, que partido— ejerce el papel de vanguardia de las fuerzas revolucionarias. La vivacidad de la polémica que se desarrolla en nuestro país en torno a este tema, que abarca desde los planos más teóricos de las concepciones sociológicas anti-marxistas que niegan potencial revolucionario al proletariado de mediados del siglo XX hasta las disputas sobre cuestiones tácticas concretas, es un signo positivo del avance de la revolución, por muy fastidioso que a veces resulte el enfrentamiento a ciertos grupúsculos. De la capacidad del Partido para afianzar su papel de vanguardia, no tanto en el plano doctrinario como en el de la conducción efectiva de las grandes masas, depende mucha la fortuna de los futuros avances.

LAS VIAS DE LA REVOLUCION Y LA TACTICA POLITICA

En fin, la dilucidación de cuál será la vía más probable del curso revolucionario ocupa lugar importante en la Declaración de 1933 pero, sobre todo, ha concentrado la atención teórica del Partido en los últimos años; a ella está dedicada, en particular, el reciente libro de Arismendi. La respuesta del Partido es inequívoca: en las condiciones concretas de América Latina, en que tanto el imperialismo actuando directamente como las oligarquías activas imponen los modelos más brutales de violencia, represión y dictadura, sin excepciones países de larga tradición democrático-burguesa, como muestra el curso probable de la revolución será el de la lucha armada. La reciente victoria electoral en Chile, sin modificar esta conclusión fundamental, constituye, en su peculiar singularidad, un alerta contra los encierros dogmáticos que podrían impedir captar y explotar al máximo toda coyuntura histórica que abraza una posibilidad de vía pacífica. (10).

Una cosa, sin embargo, es terminantemente clara: la revolución se hará sólo con las masas y por las masas, nunca por

la acción de grupos reducidos, aislados de las masas, por capaces e heroicos que sean. Toda la concepción está basada con la teoría marxista-leninista y contradice la experiencia de todas las revoluciones victoriosas de nuestro tiempo. Entonces sólo es verdaderamente revolucionaria, por muy gris que pueda parecer a algunos, la labor que conduce a movilizar, unir, organizar y esclarecer ideológicamente a las grandes masas.

Y para esto, como decía Lenin, no alcanza con "los hábitos del propagandista", el Partido debe ser capaz de dirigir realmente a las masas en el curso de sus luchas por reivindicaciones tanto inmediatas como profundas, único terreno en que ellas, a través de su propia experiencia política, son capaces de ir elevando su conciencia teórica y práctica para singular las instancias de la lucha de clases. Ello exige que, sin perder jamás el rumbo principal que marca la brújula correcta de las concepciones tácticas y estratégicas fundamentales, el Partido sea capaz de la máxima flexibilidad táctica en el manejo de las consignas y de los diversos métodos y formas de lucha.

de este punto de vista, el Partido ha combatido toda idea de que sus categóricas afirmaciones acerca del carácter de la revolución, de sus fuerzas motrices y de las vías de su desarrollo puedan llevar a un estrechamiento y empoquecimiento de su ductilidad táctica. En particular, ha rechazado y rechaza los vacuos palabreos "ultraizquierdistas" acerca de la pretendida caducidad de la lucha electoral, parlamentaria, etc.; más allá de su primitivismo teórico, las tales peroraciones lo único que muestran es la ajedada de quienes las pronuncian con respecto a las grandes masas, el carácter estrechamente sectario de esos grupos, su incurable impotencia para conducir a las masas a jugar el papel protagonista que les corresponde.

En contraste, los cincuenta años de vida de nuestro Partido y particularmente el rico período que arranca del XVI Congreso no sólo lo han habilitado para ejercer ese papel de conductor de masas desde el punto de vista de su tamaño y capacidad organizativa sino también del estrechamiento, que hemos delineado a vuelo de pájaro, de un conjunto de principios programáticos justos. Con ese valioso bagaje el Partido cruza el medio siglo de su existencia para afrontar con decisión y optimismo el próximo período sin duda decisivo para el curso futuro de la revolución uruguaya.

NOTAS

- (8) V. I. Lenin, Obras Escogidas en Tercera Edición, G. E., Tercera Edición, 1957, el. Adm. URSS, G. E., Tercera Edición, pág. 124.
- (9) Cito por V. I. Lenin en G. E., Tercera Edición, pág. 124.
- (10) El "tema de los extremos" en este problema concreto ya fue señalado por Lenin en "Economía y las transformaciones contemporáneas de una idea común: a saber: el culto de la espontaneidad..." (G. E., Tercera Edición, pág. 124).
- (11) C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas en dos Tomos, Moscú 1955, Tercera Edición, pág. 22.
- (12) Véase, por ejemplo, en Marx "Quintos con los 'amigos del pueblo...'", escrito en 1844 (Obras Completas, Ed. Cárter, Buenos Aires, 1955, Tercera Edición, pág. 22).
- (13) V. I. Lenin, G. E., Tercera Edición, pág. 127-128, escrito en 1920.
- (14) V. I. Lenin, G. E., Tercera Edición, pág. 128; citado de J. L. Arismendi en 1933.
- (15) Ver E. Arismendi, "El Partido Comunista del Uruguay ante el XI Aniversario de la Revolución de Octubre", Rev. "Estudios", n.º 1, pág. 20-21.
- (16) E. Arismendi, "Lenin, la revolución y América Latina", Ed. Pueblos Unidos, Montevideo 1970, pág. 22.
- (17) Al final de un capítulo de su libro dedicado a argumentar a fondo la previsión de la vía armada, Arismendi dice: "Por ejemplo, se es posible adelantar previsiones acerca de lo que puede ocurrir en Chile el dentro de unos meses la izquierda unificada gana la elección presidencial, se pareciera cumplir el año con posibilidad real, se da y de experimentar plenamente, o se incurriera en actos de fraude electoral, se dificultarían más una victoria de por sí difícil." (Op. cit., pág. 21-22).

25/1/70
POPULAR
45-198